

que no dejamos perder, como puede concebirse; además en todos estos cortijos habia pedazos de tierra cultivada, y cogíamos trigo en abundancia, patatas dulces, y á menudo excelentes naranjas, pues este paraje producía las mejores de toda la América del Sur. La horda que me acompañaba, se componía de hombres de todos colores y de todas naciones. Yo la trataba con una bondad acaso fuera de estacion con semejantes hombres; — pero puedo afirmar una cosa, y es que nunca he tenido que arrepentirme de esta bondad, pues cada uno obedecía á mi primera orden, y no me pusieron jamás en la necesidad de fatigarme ni de castigar á ninguno.

XIX.

EL CORTIJO DE LA BARRA.

Sobre el Camacua, en donde teníamos nuestro pequeño arsenal y de donde salió la flotilla republicana, habitaban, extendiéndose sobre una inmensa superficie, todas las familias de los hermanos de Bento Gonzales y algunos parientes mas lejanos; ganados sin número pacían en esas magníficas llanuras que la guerra habia respetado, á causa de hallarse fuera del alcance de su mano destructora.

Los productos agrícolas se cogían con tal abundancia, que no se puede hacer una idea cabal en Europa. Ya he dicho en otro capítulo que en ningún país de la tierra se podrá hallar una hospitalidad mas franca y mas cordial; pues esta hospitalidad la hallábamos nosotros en esas casas, donde existía la mas completa simpatía.

Los cortijos pues de que, á causa de su proximidad al rio y de la buena acogida que estábamos seguros de hallar en ellos, nos hacíamos mas particularmente los huéspedes, eran los de doña Ana y de doña Antonia, hermanas del presidente. Estaban si-

tuados, el primero en las orillas del Camacua, y el otro sobre las del Arroyo Grande. Yo no sé si era el efecto de mi imaginacion ó simplemente uno de los privilegios de mis veinte y seis años, en cuya edad todas las cosas se hermostaban á mis ojos, yo puedo afirmar que en ninguna época de mi vida se ha fijado en mi pensamiento con mas encanto este período que ahora relato. La casa de doña Ana era, particularmente para mí, un verdadero paraíso; aunque no era ya jóven, esta hermosa mujer tenia un carácter jovial. Hospedaba en su casa á toda una familia de los emigrados de Pelotas, ciudad de la provincia cuyo jefe era el doctor Pablo Ferreira; tres jóvenes doncellas tan graciosas unas como otras hacian el adorno de ese lugar de delicias. Una de ellas, Manuela, era la querida absoluta de mi alma; pues á pesar que no podia abrigar la esperanza de poseerla, jamás podia sin embargo impedirme de amarla.

Estaba desposada con un hijo de Bento Gonzales.

Sin embargo, una ocasion se presentó en que, hallándome en peligro, tuve lugar de reconocer que yo no era indiferente á la señora de mi corazon, y esta conciencia que yo tuve de su impatía fué bastante para consolarme de que no pudiera ser para mí. En general, las mujeres de Rio Grande son muy

hermosas; nuestros hombres por galantería se habian hecho sus esclavos voluntarios, pero, preciso es decirlo, todos no tenian para sus ídolos un culto tan casto y tan desinteresado como el que yo sentia por Manuela. Así, todas las veces que un viento contrario, una borrasca ó una expedicion nos empujaba hácia el Arroyo Grande ó hácia Camacua, esto era una fiesta entre nosotros; el pequeño bosque de Firiva, que indicaba la entrada del uno, ó el bosque de naranjos que cubria la embocadura del otro, eran siempre saludados por una triple salva de alegres vítores que indicaban nuestro amoroso entusiasmo.

Pero, cierto dia que despues de puestas nuestras embarcaciones en tierra estábamos en el cortijo de la Barra, perteneciente á doña Antonia, hermana del presidente, é inmediato á un sobretecho que sirve para salar y hacer tiras la carne, vinieron á darme aviso que el coronel Juan Pietro de Abrecu, apellidado por su astucia *Moringue*, es decir la fina garduña, habia desembarcado á dos ó tres leguas de nosotros con setenta hombres de caballería y ochenta de infantería.

La nueva era tanto mas probable cuanto que desde la presa del buque que nosotros quemamos, despues de habernos apoderado de lo mas precioso

que llevaba, sabíamos muy bien que Moringue había jurado tomar venganza y desquitarse.

Esta noticia me llenó de alegría. Los hombres que mandaba el coronel Moringue eran mercenarios alemanes y austríacos, á quienes yo no sentía el hacer pagar la deuda que todó buen italiano ha contraído con sus hermanos de Europa.

Nosotros no éramos mas que setenta hombres, pero yo conocia mi gente y con ella me creía capaz de hacer frente no solamente á ciento cincuenta, sino á trescientos Austríacos.

En su consecuencia, envié descubiertas por todos lados y guardé conmigo cincuenta hombres.

Las avanzadas que mandé para hacer este reconocimiento, volvieron todas con esta respuesta uniforme :

« No hemos visto nada. »

Hacia una niebla oscura, y esta niebla hizo que no se pudiera descubrir al enemigo.

Entonces resolví el no fiarme absolutamente de la inteligencia de los hombres hasta interrogar el instinto de los animales.

Ordinariamente, cuando se hace alguna expedición de esta clase, y los hombres de otros países vienen al rededor de un cortijo para emboscarse, los animales, que sienten al extranjero, dan señales de

inquieta, y los hombres de experiencia que los interrogan, no se engañan jamás.

Los animales que mandé sacar de las cuadras, se esparcieron al rededor del cortijo sin manifestar que hubiera novedad por las inmediaciones.

Desde luego creí que no debía temer el ser sorprendido; con todo ordené á mi gente que pusiera sus fusiles cargados y sus municiones en los astilleros que yo hice practicar en el galpon, y les di el ejemplo de lo seguros que estábamos, poniéndome á almorzar é invitándoles á que hicieran lo mismo.

Generalmente esta era una invitacion que aceptaban siempre sin hacerse rogar.

A Dios gracias, no faltaban víveres.

Tan pronto como concluyó el almuerzo, mandé á cada uno á su tarea.

Mis hombres trabajaban lo mismo que comian, es decir, de todo corazon: y por eso tampoco no se hicieron de rogar; los unos fueron á las lancionas que se habian sacado á la orilla del rio en donde se reparaban; otros: la forja y al monte para hacer carbon, y los demás á la pesquera.

Yo quedaba solo con el maestro cook, quien establecia su cocina en campo raso delante de la puerta del galpon.

En cuanto á mí, yo saboreaba con deleite mi mate, especie de té del Paraguay, que se toma en una calabaza armada de un tubo de vidrio ó de madera.

Estaba yo lejos de creer que el coronel la Fuina fuera natural del país, y aun mas, que hubiera tenido bastante astucia para burlar nuestra vigilancia y engañar hasta los finos instintos de nuestros animales. Pero el hábil jefe con sus ciento cincuenta Austríacos, se habia echado á lo largo en un bosque distante quinientos ó seiscientos pasos de nosotros, con el fin de sorprendernos. Así de repente, y no sin gran sorpresa mia, oí detrás de mí el toque *de carga*.

Yo volví la vista atrás. Infantería y caballería cargaban al galope. Esta llevaba un infante á la grupa, y los que no pudieron montar marchaban á pié, agarrados de las colas de los caballos.

En un brinco salté fuera del galpon; el cocinero me siguió; pero estaba el enemigo tan cerca de nosotros, que al momento de atravesar el umbral de la puerta, me horadaron mi puncho de un lanzazo.

Como queda dicho, los fusiles, todos cargados, estaban colocados en el astillero: habia sesenta.

Cogí uno, lo disparé; despues un segundo, en seguida un tercero, y esto con tanta rapidez, que no

podian pensar que me hallaba solo, y con tanto tino, que cayeron tres enemigos.

Un cuarto, un quinto, un sexto tiro sucedieron á los tres primeros, y como yo apuntaba á la masa, las balas no se perdian.

Si esta masa hubiese tenido la idea de precipitarse y tomar el galpon, el corsario y la cabalgada, hubieran sucumbido á un solo golpe; pero el cocinero se juntó conmigo é hizo tambien un fuego vivo, de manera que el coronel la Fuina, á pesar de sus ardidés astuciosos, se engañó creyendo que estábamos todos dentro del galpon.

En su consecuencia, retrocedió con su tropa un centenar de pasos del sobretecho, desde cuya posicion nos tiroteaban.

Esto fué lo que me salvó.

Como el cocinero no era un tirador bien experto, y nuestra situacion además de ser crítica me recordaba la falta cometida de no haber aprovechado la ocasion, le mandé para subsanarla que se contentara de cargar los fusiles descargados y de dármelos en seguida.

Yo estaba seguro de una cosa, y esta es, que mis hombres habiendo ya sospechado que el enemigo habia desembarcado, oyendo nuestro tiroteo lo comprenderian todo y vendrian á mi socorro.

Y por cierto no me equivocqué. Mi valiente Luis Carniglia compareció el primero pasando por medio de la nube de humo que se extendía entre el galpon y la tropa enemiga, la cual hacia un fuego infernal.

En seguida vinieron despues de él Ignacio Bilbao, valiente vizcaino, y otro no menos valiente italiano, llamado Lorenzo. Al instante se pusieron á mi lado y comenzaron á imitarme lo mejor que podian; luego acudieron Eduardo Mutru, Nacimiento Rafael y Procope; — estos dos últimos, el uno era mulato y el otro negro; — Francisco da Sylva, — yo quisiera, en lugar de escribirlos en este papel, grabar sobre el bronce los nombres de todos estos valientes compañeros, que, en número de trece, se reunieron á mí, y se batieron durante siete horas contra cincuenta enemigos.

Estos enemigos se apoderaron de todas las casas, casitas y barracas que nos rodeaban, y de allí nos hacian un fuego terrible. Otros subieron encima del tejado é hicieron agujeros, por donde nos fusilaban y echaban faginas encendidas. Empero mientras que los unos las apagaban, los otros respondian al tiroteo, y dos ó tres cayeron muertos en medio de nosotros por los agujeros que ellos mismos habian hecho.

Nosotros hicimos troneras con nuestras bayonetas

en la muralla del galpon y de allí les hacíamos fuego, casi á cubierto.

A eso de las tres de la tarde, el negro Procope hizo un disparo tan feliz, que la bala rompió un brazo al coronel Moringue. En seguida este mandó tocar retirada, y se marchó llevándose sus heridos y dejando quince muertos.

Por nuestra parte, de trece hombres tuvimos cinco muertos y cinco heridos. Tres de estos murieron de resulta de sus heridas, de suerte que fueron ocho hombres los que me costó este combate, que puedo contar como uno de los mas reñidos de todos en cuantos me he hallado.

Estos combates eran mucho mas mortíferos para nosotros que para ellos, porque carecíamos de médicos y cirujanos.

Las heridas de poca gravedad las curábamos con agua fresca, que renovábamos con la mayor frecuencia posible.

Respecto á las heridas graves, adoptábamos otra medida que parecerá cruel.

En general, el herido conocia él mismo su mal estado; si no tenía esperanza de restablecerse, llamaba á su mejor amigo, le dictaba sus disposiciones testamentarias y le rogaba que lo acabase de un tiro. El amigo examinaba entonces al herido, y si lo con-

sideraba incurable, se abrazaban, se apretaban la mano y un tiro de fusil ó de pistola ponía fin á tan terrible drama.

Esto era triste, era salvaje acaso, pero no habiendo medio de hacer de otra manera, se obedecía á nuestra mala suerte ó á nuestra mísera ceguedad.

Rossetti, que por casualidad se hallaba en Camacua, así como el resto de nuestros compañeros, no pudo, á pesar suyo, reunirse con nosotros. Los unos, viéndose perseguidos y hallándose sin armas, se vieron obligados á pasar el río á nado; los otros se metieron en el bosque; uno solo fué descubierto y á este le mataron.

Este combate tan peligroso, y que tuvo tan buen resultado, dió mucho ánimo y confianza á mi gente y á los habitantes del país, expuestos hacia ya tiempo á las excursiones de ese enemigo arriesgado y emprendedor.

Moringue, uno de los mejores jefes imperialistas, era muy apto, particularmente para esta clase de sorpresas, y no puede negarse que habia conducido esta con una astucia que hubiera merecido por cierto el nombre de *fuina*, si ya no lo hubiese tenido. Natural del país, que, como he dicho, conocia perfectamente, dotado además de una astucia é intrepidez á toda prueba, hizo mucho mal á la causa republi-

cana, y el imperio del Brasil le debe, sin duda alguna, la parte principal de la sumision de esta belicosa y rica provincia.

Nosotros, sin embargo, celebramos la victoria. Doña Antonia nos obsequió con una fiesta en su corral, distante doce millas del galpon donde tuvo lugar el combate.

En esta fiesta supe que una hermosa doncella, al saber el peligro en que me hallaba palideció y con mucho interés pedía á cada instante noticias de mi vida y de mi salud, — triunfo mas dulce para mi corazón que la victoria sangrienta que acababa de ganar. ¡O bella señorita del continente americano! ¡cuán ufano y feliz me consideraba yo al ver el interés que te inspiraba y que te pertenecía aunque solo en el pensamiento! Tú estabas ya destinada á otro, y la suerte me reservaba para otra flor del Brasil que yo lloro hoy y lloraré toda mi vida. — ¡Dulce madre de mis hijos! yo te conocí en la adversidad y en el naufragio; ni la victoria, ni mi juventud, ni mi mérito personal no te inspiraron tu amor, no; solo la compasion y mis desgracias, son las que te unieron á mí para toda la vida.

¡Oh, Anita! ¡querida Anita! no, jamás te olvidaré.

XX.

EXPEDICION A SANTA CATALINA.

Poco ó nada de importante ocurrió despues de este suceso en la laguna de los Patos.

Pusimos en construccion dos nuevas lancionas. Los primeros elementos los hallamos en nuestra presa precedente; respecto de su confeccion, no fué solamente obra nuestra; ayudáronnos los habitantes de las inmediaciones con actividad y celo indescripibles.

Cuando los dos nuevos buques fueron concluidos y armados, recibimos la órden de reunirnos al ejército republicano, que puso sitio á Porto Alegre, capital de la provincia. Ni el ejército ni nosotros hicimos nada durante el tiempo que pasamos en el lago.

El sitio estaba sin embargo dirigido por Bento Manuel, á quien todo el pueblo atribuia con justo título un gran mérito, como soldado, como general y como organizador. Pero este personaje fué despues traidor que vendió á los republicanos, y se pasó á los imperialistas.

Posteriormente se meditó la expedicion de Santa Catalina, de la cual formé parte, bajo las órdenes del general Canavarro.

Mas presentábase un inconveniente para realizarla. Los imperialistas se habian apoderado de la embocadura de la laguna, y no podíamos salir sin desalojarlos antes de aquella posicion.

En efecto, sobre la orilla meridional se hallaba la ciudad fortificada de Rio Grande del Sur, y sobre la setentrional San José del Norte, pequeña ciudad tambien fortificada. Además, estas dos plazas, así como Porto Alegre, estaban aun en poder de los imperiales, y los hacian dueños de la entrada y salida del lago. Es verdad que ellos no poseian mas que estas tres plazas fuertes, pero era ya bastante para dificultar nuestras operaciones.

Sin embargo, con hombres como los que yo mandaba, nada habia de imposible.

Propuse dejar en la laguna las dos lancionas mas pequeñas al mando de un buen marino, llamado Zefferrino de Utra. Yo, con las otras dos, conservando bajo mis órdenes los Griggs y la parte mas aventurera de nuestros aventureros, acompañaria la expedicion, operando por mar, mientras que el general Canavarro operaba por tierra.

Este era un buen plan, sin duda alguna, pero era necesario poder ponerlo en ejecucion.

Tambien propuse la construccion de dos carretas grandes y bastante sólidas, para cargar en cada una de ellas una lanciona, y poner tiros de bueyes y de caballos suficientes para arrastrarlas.

Adoptada mi proposicion, quedé encargado de poner manos á la obra.

Empero, reflexionando luego sobre el proyecto que iba á realizar incontinenti, creí conveniente el introducir las modificaciones siguientes :

Mandé hacer por un entendido carretero llamado Abreu ocho enormes ruedas de una solidez á toda prueba, con ejes proporcionados al peso que debian soportar.

A una de las extremidades del lago, — la opuesta al Rio Grande del Sur, es decir al nordeste, — existe en la hondonada que limita un pequeño arroyo, que tiene origen en la laguna de los Patos y desemboca en el lago Tramandai, á donde se trataba de transportar nuestras dos lancionas.

Concluido de fabricar los carros, hice descender al arroyo uno de ellos, y luego poniendo en juego la maniobra que hicimos para transportarlos por encima de los alfaques, levantamos la lanciona hasta que su quilla descansó sobre el doble eje del

vehículo. Cien bueyes, atados á los timones con nuestros mas sólidos cordajes, nos sirvieron de aparejo, y vi con una satisfaccion inexplicable que nuestro buque se trasladaba con la misma facilidad que un fardo ordinario.

Entonces los habitantes gozaron de un espectáculo curioso é inacostumbrado, como es el de ver dos buques atravesando en carreta, y arrastrados por doscientos bueyes, un camino de cincuenta millas, es decir de diez y ocho leguas, sin la menor dificultad.

Cuando llegamos á la orilla del lago Tramandai, echamos las lancionas al agua con la misma facilidad que las embarcamos ; allí, les hicieron las reparaciones que necesitaban, y era tan poca cosa, que al cabo de tres dias se hallaron en perfecto estado para viajar.

El lago Tramandai se forma de las corrientes de los manantiales de la frontera oriental de los montes *do Espinasso* ; se abre sobre el Atlántico, pero tiene tan poca profundidad, que ¡en las grandes mareas apenas hay cuatro ó cinco piés de agua.

Añadamos á esto que en esta costa que se halla abierta por todas partes, el mar nunca está en calma, al contrario, la mayor parte del tiempo está borrascoso.

El ruido de los escollos que empiedran la costa y que los marineros llaman *caballos* á causa de la espuma que se levanta á su alrededor, se extiende algunas millas al interior, y muy á menudo se oye el bramido de los truenos.

XXI.

PARTIDA Y NAUFRAGIO.

Prontos á partir en fin, esperamos la hora que subiera la marea, y nos aventuramos á eso de las cuatro de la tarde.

En esta circunstancia, estuvimos muy satisfechos de la gran costumbre que teníamos de navegar en medio de los escollos; á pesar de la práctica, no sabré decir hoy por qué astucia mas bien que diestra maniobra, conseguimos poner fuera nuestros dos buques, aunque elegimos, como acabo de decir, la hora en que la marea habia llegado á su plenitud; faltándonos por todas partes fondo, solo al anocheecer conseguimos echar el áncora en el Océano, mas allá de esos escollos furiosos, cuya rabia parecia aumentarse al ver que nos escapábamos de ellos.

Notemos aquí que, antes de nosotros, ningun buque habia salido nunca del lago de Tramandai.

A las ocho de la noche, levantamos el áncora y nos pusimos en marcha.

Al dia siguiente, á las tres de la tarde, habíamos naufragado en la embocadura del Aseringua, rio

que nace en la sierra de Espinaso, y entra en el mar por la provincia de Santa Catalina, entre las Torres y Santa Maura.

De los treinta hombres de tripulacion, se ahogaron ocho.

Digamos pues cómo tuvo lugar esta terrible catástrofe.

Desde la noche y en el mismo momento de nuestra partida, el viento del Mediodía amenazaba, reuniendo las nubes y soplando con violencia. Corrimos paralelamente á la costa; el Rio Pardo tenia, como he dicho, treinta hombres de tripulacion, una pieza de á doce, una cantidad de cofres y multitud de objetos de toda clase, todo esto por precaucion, ignorando el tiempo que debíamos de estar en el mar, qué playa tocaríamos y cuáles serian las condiciones con las cuales nos acercariamos á esta playa, cuando nos dirigiamos á un país enemigo.

El buque se hallaba pues sobrecargado; así, muy á menudo estaba cubierto por las oleadas, que de minuto en minuto se cruzaban con el viento, y algunas veces amenazaban sumergirlo. Decidí pues acercarme á la costa, y si esto era posible, tomar tierra en la parte de la playa que nos pareciera accesible; pero el mar, que continuaba engrosando, no nos dejó elegir la posicion que nos convenia;

fuimos cubiertos por una oleada terrible, que nos echó completamente sobre la costa.

En ese momento me hallaba en lo mas alto del palo de trinquete, esperando poder descubrir un paso por en medio de los escollos; la lanciona zozobró sobre estribor, y yo fui arrojado á unos treinta piés de distancia.

Aunque me hallaba en una posicion muy peligrosa, la confianza que yo tenia en mis fuerzas como nadador, hizo que no pensase un instante en la muerte; empero teniendo conmigo algunos compañeros que no eran marinos, á quienes ví un momento antes echados sobre cubierta y quebrantados por el mal de mar, — en vez de nadar hácia la costa, me ocupé pues de reunir una parte de los objetos que por su ligereza podian quedar en la superficie del agua, y los empujaba hácia el buque, gritando á mi gente que se echara con ellos al mar, cogiera alguna cosa, y tratara de ganar la costa que estaba á una milla de nosotros. El buque habia zozobrado, pero la arboladura lo mantenía con su flanco de babor fuera del agua.

El primero que ví habia quedado enganchado en los obenques; este era Eduardo Mutru, uno de mis mejores amigos; empujé hácia él una porcion de escotilla, recomendándole que no la abandonara.

Estando ya este en via de salvacion, eché una mirada sobre el buque.

La primera cosa que ví, ó mejor, la sola cosa que ví, fué mi querido y valiente Luis Carniglia; en el momento de la catástrofe se hallaba en el timon, y estaba enganchado al buque por la parte de popa hácia el jardin del viento; por desgracia, se hallaba vestido de una chaqueta de paño muy fuerte, que no tuvo tiempo de quitarse, y que le apretaba de tal modo los brazos, que le era imposible nadar. — El mismo me lo dijo gritando, viendo que me dirigia hácia él.

— Trata de tenerte firme, le respondí, voy á tu socorro.

En efecto, volviendo á subir al buque como lo hubiera podido hacer un gato, llegué hasta él; cogí entonces con una mano una vuela, y con la otra sacando de la faltriquera una navaja, que desgraciadamente cortaba muy poco, me puse á cortar el cuello de la chaqueta; con un esfuerzo mas, iba á conseguir librar al pobre Carniglia de aquel embarazo, cuando un golpe de mar terrible nos cubrió, rompió el buque y arrojó al mar todos los hombres que quedaban á bordo; — Carniglia fué precipitado como los demás, y no pareció mas.

En cuanto á mí, lanzado al fondo del mar como

un proyectil, subí á la superficie del agua todo atolondrado; pero, en medio de mi aturdimiento, no tenía mas que una sola idea: — socorrer á mi querido Luis. Con este objeto pues nadaba yo al rededor del casco del buque, llamándolo á grandes gritos, en medio de los silbidos de la tempestad y del ruido de la tormenta, pero el pobre no me respondió; el mar se lo habia tragado para siempre á ese buen compañero, que me habia salvado la vida en el Plata, y al cual, á pesar de todos mis esfuerzos, no pude yo salvarle la suya.

En el momento que perdí la esperanza de socorrer á Carniglia, eché una ojeada á mi alrededor. — Esto fué una gracia de Dios, sin duda, pero en este momento de agonía para todo el mundo, no tuve un instante de duda por mi propia salvacion, de manera que pude ocuparme de salvar á los demás.

Entonces, mis compañeros esparcidos nadaban hácia la playa, separados los unos de los otros, segun su habilidad ó segun sus fuerzas. Los alcancé en un momento, y dándoles ánimo, pasé delante de ellos, y me hallé uno de los primeros, sino el primero, atravesando los escollos, cortando oleadas enormes y altas como montañas.

Llegué á la orilla. Mi sentimiento por la pérdida de mi pobre Carniglia, dejándome indiferente so-

bre mi suerte misma, me daba una fuerza invencible.

Apenas puse los piés en tierra, me volví movido de la última esperanza.

Acaso iba á ver otra vez á Luis.

Yo interrogaba, las unas despues de las otras, esas caras despavoridas, envueltas á cada instante por las oleadas, pero Carniglia estaba sepultado en las aguas; los abismos del Océano no me lo habian restituido.

Entonces, volví á ver á Eduardo Mutru, el que despues de Carniglia me era el mas caro, á quien yo habia empujado un fragmento de escotilla, recomendándole que se agarrase con todas sus fuerzas á ella. Sin duda, la violencia del mar se lo arrancó de las manos. Nadaba aun, pero el pobre estaba aniquilado é indicando por la convulsion de sus movimientos la extremidad á que estaba reducido. Ya he dicho cuánto yo lo amaba; era el segundo hermano de mi corazon, que iba á perder en el mismo dia. Yo no quise quedarme en un instante viudo de todo lo que amaba en el mundo. Eché al mar el fragmento del buque que me habia servido para ganar la playa, y me lancé en medio de las oleadas, volviendo con profunda indiferencia á buscar el peligro del cual acababa de escapar. Al cabo de un

minuto, me hallaba ya cerca de Eduardo; yo le grité:

— Mantente firme! ánimo... héme aquí! Yo te traigo la vida.

Vana esperanza, esfuerzos inútiles; en el momento en que yo empujé hácia él el fragmento protector, el pobre se hundió y desapareció.

Yo di un grito, dejé mi sosten, me zambullí; y no hallándole, pensé que habia vuelto á la superficie del agua. Subí: nada! Volví á zambullirme de nuevo, lo mismo subí á la superficie. Yo daba los mismos gritos de desesperacion que por Carniglia, y como por Carniglia todo fué inútil; tambien él estaba absorbido en las profundidades del Océano, que no habia temido el atravesar para venir á reunirse conmigo, y servir la causa de los pueblos.

Aun un mártir de la libertad italiana, que no tendrá su tumba, que no tendrá su cruz!

Los cadáveres de diez y seis ahogados que contamos en este desastre, fieles compañeros hasta entonces de mis aventuras, sumergidos en el mar, fueron llevados por las corrientes, á mas de treinta millas de distancia hácia el Norte. Yo buscaba entonces, entre los catorce que habian sobrevivido, y que en este momento habian ganado la playa, un semblante amigo, una cara italiana.

Ni una ví siquiera.

Los seis Italianos que me acompañaban estaban muertos : Carniglia, Mutru, Staderini, Navone, Giovanni... No me acuerdo del nombre del sexto.

Pido perdon á la patria de haberlo olvidado ; yo sé bien que escribo esto doce años despues de la catástrofe ; sé muy bien que desde entonces acá han pasado en mi vida sucesos diferentemente terribles que el que acabo de referir ; sé que he visto caer una nacion, que he ensayado en vano de defender una ciudad ; sé muy bien que, perseguido, expatriado, batido como una bestia feroz, he de puesto en la tumba la mujer que se hizo el corazon de mi corazon ; yo sé muy bien que, apenas la sepultura fué colmada, me ví obligado á huirla como esos condenados del Dante, que marchan delante de ellos y cuya cabeza torcida mira detrás ; yo sé que no hay asilo para mí ; que de la punta extrema del África, miro esa Europa que me arroja como un bandido, á mí, que no he tenido jamás sino un pensamiento, un amor, una desesperacion : la patria. Yo sé en fin todo esto, pero no es menos verdad, que yo deberia recordar ese nombre.

Pero ; ay ! no lo recuerdo.

XXII.

JUAN GRIGGS.

Cosa extraña, excepto yo, todos los buenos, los fuertes nadadores habian desaparecido ; sin duda, confiados en su habilidad, descuidaron de asirse á las ruinas que flotaban por el agua, esperando sostenerse sin ese socorro, mientras que por el contrario, entre los que hallé buenos y sanos á mi alrededor, eran algunos jóvenes Americanos á quienes yo habia visto muy embarazados para atravesar un brazo de rio de diez piés de ancho.

Esto me parecia increíble, y sin embargo era la verdad.

El mundo me parecia un desierto.

Me senté sobre la playa, dejé caer mi cabeza entre mis manos, y yo creo que lloré.

En medio de mi debilidad, un llanto penetró mi corazon.

Entonces me acordé que, aunque esos hombres me fuesen desconocidos, casi extranjeros, — pues que yo habia sido su jefe en el combate ó en el

naufragio, — debía ser también su padre en la desgracia.

Levanté la cabeza y les dije: — ¿Qué hay, quién se queja?

Dos ó tres bocas tiritando respondieron:

— Tengo frío.

Yo, que no había pensado en ello hasta entonces, sentí que también tenía frío.

Entonces me levanté y me sacudí; algunos de mis compañeros estaban adormecidos, y sentados ó echados para no volver á levantarse.

Yo los levantaba cogiéndolos por los brazos.

Tres ó cuatro de ellos se hallaban en ese período de entorpecimiento que hace preferir la languidez de la muerte al sufrimiento del movimiento.

Llamé á mi ayuda á los mas vigorosos, forzándoles á que se levantasen los que estaban embotados; tomé uno de la mano, á los que no habían aun perdido sus fuerzas les dije que hicieran lo mismo, y grité:

— Corramos!

Al mismo tiempo daba yo el ejemplo.

Esto fué desde luego una dificultad, diré mas, un dolor muy grande el vernos en la precisión de hacer jugar nuestras articulaciones entorpecidas; pero

poco á poco hallaron nuestros miembros su elasticidad.

Este ejercicio duró una hora, y despues, nuestra sangre recalentada, volvió á circular en nuestras venas.

Esta gimnástica tuvo lugar cerca del rio el Aserigua, que corre paralelamente al mar para desembocar á media legua de distancia del sitio donde estábamos; subimos por la orilla derecha del rio, y á cuatro millas de donde emprendimos la marcha, hallamos un cortijo, y en este cortijo la hospitalidad que vive eternamente asentada en la puerta de una casa americana.

Nuestro segundo buque, al mando de Griggs, y llamado el *Seival*, aunque apenas mas grande que el *Rio Pardo*, pero de construccion diferente, pudo luchar contra la tempestad, bravarla y seguir victoriosamente su camino.

Preciso es decir también que Griggs era un excelente marino.

Yo escribo de dia en dia, obligado á salir mañana acaso del asilo donde descanso hoy, — no sé si tendré tiempo mas tarde de decir de ese excelente y valeroso jóven todo el bien que yo pienso; voy pues ahora que su nombre se halla en mi pluma, á pagar el tributo que debo á su memoria.

¡Pobre Griggs! apenas he dicho una palabra de él, y sin embargo, ¿en dónde he hallado yo jamás un hombre de un valor tan admirable y de un carácter mas delicado? — Hijo de padres ricos, habia venido á ofrecer su oro, su ingenio y su sangre á la república naciente, y la dió todo cuanto él la habia ofrecido.

Un dia recibió una carta de su familia de la América del Norte, invitándole á ir á recoger una herencia colosal; pero él habia ya recibido la herencia mas hermosa que sea reservada al hombre de conviccion y de fe, — la palma del martirio, — habia muerto por un pueblo infortunado, pero generoso y valiente. Y yo que he visto tantas gloriosas muertes, tambien ví el cuerpo de mi pobre amigo separado en dos como el tronco de una encina cortado por la hacha de un leñador; el busto habia quedado derecho sobre la cubierta de *la Cassapara*, con su figura intrépida, purpurada aun de la llama del combate, pero los miembros fracasados y separados del cuerpo estaban esparcidos á su alrededor; un disparo de cañon cargado de metralla lo habia despedazado á veinte pasos, y se presentó á mí así mutilado el dia que yo y un compañero, incendiando lo flotilla por orden del general Canavarro, subí en el buque de Griggs, que acaba-

ba de ser completamente arruinado por la escuadra enemiga.

¡O libertad! ¡libertad! ¿qué reina de la tierra puede alabarse de tener en su acompañamiento los héroes que tú tienes en el cielo?